

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.



ECONOMIA



CONSIDERACIONES SOBRE LA POLITICA

AGRARIA COLOMBIANA

LAUCHLIN CURRIE

Este trabajo representa un intento para exponer, en forma corta y sencilla, la esencia del problema agrario y su solución indicada, de acuerdo con nuestro diagnóstico.

Ante la proximidad de las elecciones y el cambio de gobierno, se torna urgente que lleguemos a un acuerdo sobre la naturaleza y la solución del problema.

En todos los países económicamente avanzados el adelanto técnico de la agricultura ha jugado un papel preponderante en el desarrollo económico general. La productividad por agricultor y por hectárea ha crecido enormemente en relación al siglo pasado, proceso que se aceleró aún más en los últimos veinte años. Es de capital importancia que en los países subdesarrollados se estudie y se entienda en qué forma los avances técnicos pueden contribuir a la creación de un alto nivel de vida. Esta contribución no se hace, como pudiera creerse en principio, mediante una baja progresiva de los precios agrícolas en relación a los otros precios, ni se evidencia, después de llegar a cierto nivel, en un continuo aumento en el consumo por cabeza de bienes agrícolas.

La contribución efectiva de la técnica agrícola al progreso económico, radica en la liberación de fuerza de trabajo agrícola para la producción de otros bienes. Si esta fuerza no es absorbida en otra clase de producción no se deriva beneficio alguno. Es cierto que los habitantes urbanos podrían obtener alimentos a precios más bajos, pero esta ventaja se contrarresta por la baja en los ingresos de los agricultores.

El proceso económico mediante el cual las mejoras en la productividad agrícola conducen al progreso industrial, es interesante. El primer paso se da cuando el incremento en

la productividad, ante una baja elasticidad de la demanda, deprime los precios agrícolas y baja las ganancias de aquellos agricultores que no logran bajar sus costos. Por lo general, estos agricultores marginales serán aquellos en inferioridad de condiciones en lo referente a los suelos pobres en que trabajan, distancia a los mercados e insuficiencia de capital y conocimientos. Es de esperarse que a medida que la diferencia entre los ingresos de los agricultores marginales y los trabajadores urbanos aumenten, los primeros se trasladen a las ciudades en busca de otro empleo.

Si los avances técnicos no se presentan muy sorpresiva y drásticamente, podría ser suficiente el proveer de empleo alternativo a los hijos de los agricultores. En los Estados Unidos, a través de su historia, la movilidad de la mano de obra, en esta forma, ha sido suficiente para permitir a la mayoría de los agricultores, derivar un nivel de vida decente en relación al de los trabajadores urbanos. En años recientes, sin embargo, la tecnología ha crecido de tal manera que aún la alta movilidad de la fuerza obrera en los Estados Unidos ha sido incapaz de reducir la producción agrícola para mantener el nivel de precios, y el gobierno se ha embarcado en un gigantesco programa de sustentación de precios: se ha adoptado deliberadamente una política para no aprovechar los beneficios de la tecnología y se trata de mantener lo que, en realidad de verdad, es un excesivo número de trabajadores en la agricultura. Como los Estados Unidos son tan sumamente ricos y el exceso llega únicamente a alrededor de un 3% de la fuerza trabajadora, el costo pasa casi desapercibido.

En un país pobre como Colombia, el costo de mantener improductiva, en la agricultura, cerca de un 30% de la fuerza de trabajo, es tremendo. Este costo es aquel que los economistas denominan "costo de la oportunidad": la falla de no aprovechar la oportunidad de incrementar considerablemente el ingreso nacional. No podemos esperar que el efecto de las fuerzas naturales de la economía remedien la situación. El impacto de la tecnología moderna es tan fuerte; los obstáculos al desplazamiento hacia las ciudades, como la obtención de trabajo y vivienda tan formidables, y la rata de crecimiento demográfico tan alta, que hay muy poca esperanza de que se mejoren naturalmente las condiciones de los

campesinos de ésta o próximas generaciones. La situación necesita medidas de emergencia.

Esta es, entonces, la situación con relación a la cual debe juzgarse la actual política agraria colombiana.

Competencia en la Agricultura

La agricultura es uno de los pocos campos en el cual la competencia se muestra activa, no existe control sobre el número de productores ni tampoco sobre su producción individual. Muy poco esfuerzo hace la maquinaria administrativa para estabilizar o prevenir bajas en los precios, que pueden ser ruinosas cuando el incremento de la producción, en términos relativos, es superior al de la demanda.

Algún grado de estabilidad se ha logrado para ciertos cultivos como la cebada, en el que los precios del producto los fijan los pocos compradores; pero aún en este caso, existe competencia en calidades y entre agricultores de tipo comercial y de tipo colonial, y los aumentos de producción afectan a largo plazo el nivel de los precios que los escasos compradores pagan para asegurar una provisión adecuada.

Aún en el caso del café, en el cual la regulación de los precios se ha perfeccionado en mayor grado, la facilidad de entrar en producción ha traído como consecuencia pequeñas unidades de explotación y escasos ingresos para sus propietarios.

No obstante lo anterior, en la mayoría de los cultivos la competencia no tiene control alguno y las consecuencias las sufren los productores, en particular los menos eficientes.

En la industria, tanto el volumen de capital necesario como las economías de producción en gran escala, y el mercado reducido, limitan fuertemente el número de productores. En estas circunstancias, la competencia raramente se hace a base de precios, sino más bien de calidad, servicio, condiciones de crédito, etc. El Estado no solamente consiente esto, sino que, en ocasiones, ha disminuído la competencia restringiendo importaciones de bienes de capital en los campos en que se juzgó que existía capacidad subutilizada.

En agricultura, al contrario, el Gobierno ha tomado va-

rias medidas para aumentar la competencia, llevando a cabo una continua campaña dirigida a incrementar la productividad y abrir más tierra al cultivo. Las Misiones técnicas internacionales también se han mostrado partidarias de estas medidas. Sin embargo, mucho más efectivo que estos esfuerzos ha sido el aumento gradual en la mecanización, el mejoramiento de semillas y la tecnificación de los cultivos. De varias maneras se ha propiciado que personas pudientes mecanicen e incorporen más tierra al cultivo para competir con la agricultura de la gente pobre, sin capital o técnica. Por otro lado, los agricultores pobres han sido exhortados a mejorar su técnica y su productividad para competir con la explotación comercial. Los propietarios de grandes extensiones sin utilizar o pobremente utilizadas, están siendo amenazados con virtual expropiación si no involucran su tierra a un mejor uso, en otras palabras, si no compiten.

La Ley de Reforma Agraria determinó que se levantara un censo de todas las propiedades particulares de extensión superior a 2.000 hectáreas. Su reglamentación exige gran cantidad de información relativa al uso de la tierra. Aparte de la adquisición y parcelación de tierras que pudiera hacer el gobierno, existe una gran presión moral sobre los propietarios para que aumenten su ganado y mejoren los pastos y cultivos; todo esto proveniente de factores muy distintos a consideraciones económicas sobre costos y demanda. Este es otro ejemplo de la ingeniosa acción del gobierno para presionar el aumento de la competencia entre los agricultores.

Se pierde la esperanza de poder convencer alguna vez a "las personas con sentido común" de que mientras menos mano de obra, capital y tierra sean necesarios para llenar los requerimientos agrícolas, tanto mejor estaremos, con la condición, claro está, de que la mano de obra y el capital se empleen económicamente en otras cosas.

Una de las cosas más difíciles de entender acerca de la Agricultura Colombiana es la competencia entre agricultores de tipo comercial y colonial; entre una operación técnica pero costosa y una operación primitiva sin gastos en dinero efectivo. La competencia de la última hace la primera menos atractiva y frena la adopción de mejores técnicas. La

competencia de la primera reduce los ingresos de los campesinos e impide que el crecimiento de la demanda urbana eleve los precios agrícolas en relación a los industriales.

Se pueden citar varios ejemplos. Uno de los más notorios es el de la explotación ganadera donde existen muy pocos incentivos para producir carne de buena calidad, en competencia con carne de inferior calidad, producida a muy bajos costos. Otro ejemplo es la ausencia de naranjales de tipo comercial que produzcan frutas uniformes y de buena calidad. Sin embargo, a pesar de la desesperada resistencia de los campesinos, la mecanización gana terreno lenta pero firmemente.

El proveer oportunidades de trabajo para los campesinos marginales disminuiría esta competencia e impulsaría la tecnificación y mecanización de la agricultura. La reorganización del sistema de distribución de la carne eliminaría un sinnúmero de intermediarios, reduciría la diferencia entre los precios pagados por el consumidor y los recibidos por el productor, permitiría abolir el control de precios y pagar más por carne de superior calidad, a la vez que, prepararía el terreno para una explotación ganadera más técnica y la eventual exportación de carne de buena calidad.

La escasa movilidad de la fuerza de trabajo en respuesta a las diferencias entre los salarios rurales y urbanos mantiene bajos los salarios rurales y hace que algunas personas duden de las ventajas económicas de la mecanización. Frecuentemente se comenta en los países subdesarrollados que "no paga" el promover la mecanización cuando los salarios rurales son tan bajos. Esto, sin duda, es con frecuencia cierto en casos individuales. Si, por otro lado, el trabajo tuviera más fluidez y los salarios rurales se aproximaran a los urbanos, inmediatamente se haría económica una tecnificación agrícola más rápida y mucho mayor. Poniéndolo de otra manera, un programa que provea de empleo urbano para los trabajadores rurales daría un gran impulso al mejoramiento de la productividad agrícola, probablemente con un incremento muy escaso de los costos relativos.

En pocas palabras, la competencia entre la agricultura comercial y la de tipo colonial tiende a restringir las utiliza-

des o ganancias de la primera y a retardar el proceso de conversión hacia ella; esta misma competencia reduce las ganancias de los agricultores de tipo colonial y por lo tanto prolonga el período durante el cual "pagará" utilizar mano de obra barata en lugar de máquinas.

Elasticidad de la Demanda de Productos Agrícolas

Se ha puesto muy poca atención a los cambios en el volumen de ventas de los productos agrícolas causadas por variaciones en sus precios. Como la capacidad del estómago es limitada, las bajas de precios de los bienes agrícolas no traen, en conjunto, aumentos apreciables de su consumo. Si los precios de los productos agrícolas bajan con relación a los de otros productos, la población urbana tenderá a gastar menos en los primeros y más en los últimos. Se dice que una baja del precio de un bien alimenticio aumenta su consumo a costa del de otros alimentos; sin embargo, aún este movimiento es muy restringido.

Es más, como los costos de transporte y los márgenes de venta al por mayor y al detal reaccionan lentamente, el efecto de la baja de precios, causada por un aumento de la producción recae en su totalidad sobre el productor. Debido a esto, un incremento relativamente pequeño en la producción de bienes agrícolas, en exceso del aumento de su consumo, puede causar una baja desproporcionada en los precios e ingresos netos de los productores.

Generalmente, la reacción del agricultor, cuando sus ingresos disminuyen, es tratar de **producir más**. Esta reacción, es obvio, ejerce una presión adicional sobre los precios y termina causando la quiebra de los productores marginales.

Los Intereses de los Agricultores y la Productividad

Existe mucha confusión sobre el tema de la productividad. La idea general es que beneficia a la persona que está aumentando su productividad, pero este no es necesariamente el caso.

Probablemente el servicio doméstico en los Estados Uni-

dos ha subido en valor más que el trabajo en factorías **sin haber incrementado su eficiencia**. La explicación radica en que la oferta ha descendido drásticamente en relación a la demanda, ya que el servicio doméstico le es repugnante a la mayoría de la gente, a la vez que existen abiertas muchas otras alternativas de empleo.

Si solamente hubiera unos pocos agricultores, sin mecanización y técnica, el valor de su producción y por lo tanto de su trabajo, sería muchísimo más alto que el existente. Claro que no estoy abocando esto y solamente lo menciono para hacer evidente el punto.

Afortunadamente para la población urbana, el agricultor casi siempre piensa en términos individuales y no en los aspectos económicos del conjunto. Así, él toma las medidas que lo favorecen **personalmente**, para mejorar su productividad o bajar sus costos, sin pensar en las consecuencias de la generalización de estas decisiones. Un camino mejor hacia su finca bajará sus costos; pero si se mejoran los caminos para 10.000 fincas, el único resultado sería la reducción de los precios para la población urbana. Un préstamo le ayudará a producir más, pero préstamos a muchos productores solo traerán una baja en los precios.

Aún más sorprendente es que los mismos agricultores acojan proyectos de colonización, parcelación o recuperación de tierras que incrementan sustancialmente la producción de los bienes que ellos actualmente producen. Las organizaciones agrícolas no han defendido los intereses de sus miembros como era de esperarse, ya que sus dirigentes también tienden a pensar como agricultores individuales en vez de hacerlo en términos del gremio.

Una de las cargas que sobrelleva el agricultor es la clasificación que el Gobierno ha hecho de algunos de sus productos como "artículos de primera necesidad". Esto a su vez ha llevado a exigirles que, a diferencia de otras actividades económicas, vendan esos bienes por debajo de costo. Si pretenden evadir esas exigencias, se les imponen multas y se les acusa de especuladores. Si se presentan deficiencias temporales, inmediatamente se prevén importaciones oficiales. Se acusa también a los agricultores de la desnutrición del país; (en vez

de atribuir esta responsabilidad a la ignorancia y a la desigual distribución del ingreso) y algunas personas bien intencionadas, han declarado, sin comprender el problema, que no debería permitirse la exportación de carne hasta tanto no desaparezca la mala nutrición.

La organización económica vigente no da ningún incentivo para producir carne de buena calidad; no obstante, se denuncia a los ganaderos de ignorantes o de ineficaces por no mejorar la producción y la calidad de la carne. Cuando los ganaderos ajustan la producción al menguado ritmo del crecimiento de las ventas, mediante el sacrificio de tanto hembras como machos, son llamados poco menos que criminales. Todo este exagerado fervor ha dificultado el desarrollo de un programa agrícola racional y ha llegado hasta colocar las organizaciones agrícolas en actitud defensiva, como si fueran culpables, cuando no hay razón para ello.

Es tiempo de que los dirigentes agrícolas, los periódicos, como "El Campesino" y los escritores, sobre estos temas, de los diarios más importantes, expresen clara e inequívocamente cuáles son los verdaderos intereses de los agricultores. Debe, en primer lugar, recalcarse las consecuencias del aumento de la competencia y de la productividad. Estos fenómenos no favorecen a los campesinos, en conjunto, sino a la gente de las ciudades. No es que los agricultores se deban oponer a medidas tendientes a elevar la productividad, pero, por lo menos, deberían insistir en que todos los beneficios no vayan a los consumidores y los sacrificios solamente a los productores. Si el Gobierno se propone incorporar tierras nuevas o tomar medidas para ampliar el área de cultivo, los agricultores o sus representantes, deberían preguntar cuál sería el aumento de la producción; cuál sería el impacto sobre los precios de los productos agrícolas en relación a los demás, y cuáles las medidas que el Gobierno se propone tomar para mantener el ingreso de los actuales productores.

Recientemente, los programas de investigación del gobierno lograron desarrollar una nueva variedad de papa que promete rendir entre 35 y 40 toneladas por hectárea, o sea diez veces más que el rendimiento promedio en los pequeños lotes de los minifundistas. Se puede imaginar el probable efecto sobre los precios. Estas son magníficas noticias para los

consumidores urbanos. Pero, se ha hecho algo en favor de los pequeños productores que tendrán que retirarse de este renglón? Su condición, evidentemente, empeorará aún más, pero se les dirá que no es ni práctico ni conveniente que cambien de actividad.

No es conveniente para el país el que las organizaciones agrícolas insistan en que se mantenga indefinidamente un exceso de población agrícola. Pero, en cambio, si deberían insistir en que las mejoras de la productividad y la apertura de nuevas tierras sean balanceadas mediante la creación de empleo para los campesinos desplazados.

Inversiones y Agricultura

No debería ser necesario mencionar que mientras menos capital necesite la agricultura para copar la demanda de sus productos en la forma más económica, tanto mejor para la economía nacional. Sin embargo, pocas personas han objetado los proyectos de colonización que necesitan mucho capital, y el consenso general es que nunca ha habido suficiente capital y crédito disponible para la agricultura; y así, muchos se preguntan si la conversión hacia la agricultura comercial no aumentaría aún más las necesidades de capital. No necesariamente. Las necesidades de maquinaria crecerían, pero la concentración de cultivos en unas pocas fincas, localizadas en las mejores y más accesibles zonas, disminuiría enormemente los requerimientos de capital social (carreteras, escuelas rurales, etc.), y no se haría necesario desarrollar los proyectos de recuperación de tierras en regiones menos favorecidas que algunas otras.

De esta manera, la transformación hacia agricultura comercial podría, en realidad, crear, paradójico como parezca, ahorros adicionales para la creación de oportunidades de trabajo en las ciudades. Sin embargo, el punto más importante radica en que la inversión en maquinaria podría esperarse que fuera, por lo general, mucho más altamente productiva que muchas de las inversiones de tipo social que figuran en los programas del gobierno.

La Utilización de la Tierra en Colombia

En términos generales el uso que se haga de la tierra es

el resultado de miles de decisiones individuales. Bajo el sistema de libre empresa se confía que la competencia, el ánimo de lucro y el libre movimiento de los precios aseguren la producción de bienes, en las cantidades y de las calidades deseadas, en las localizaciones más económicas y con las más económicas combinaciones de tierra, capital y trabajo. El papel del Estado en este sistema económico se limita a influir a través de la provisión de transporte, del crédito, de la recuperación, de tierras, etc.

Los factores básicos que en Colombia determinaron, antes de 1950, cuáles tierras se cultivaban y cuáles no, fueron: (a) consideraciones de salubridad, (b) falta de maquinaria y técnica agrícola, y (c) falta de buenos medios de transporte. Otros factores culturales e institucionales, tales como la posesión de tierra para ganar prestigio o acumular riqueza, influyeron también sobre la utilización que se daba a la tierra en diferentes sitios.

En una década todos esos factores han sobrellevado profundas modificaciones. Tierras planas y bajas que antes eran insalubres y estaban aisladas, ahora no lo son ni lo están, gracias a los adelantos en el control de las enfermedades y en el sistema de transporte. La agricultura técnica y mecanizada, que no puede operar eficientemente en las tierras quebradas, ha invadido las tierras planas, altas y bajas.

El impacto de estos cambios ha sido tremendo: tierras quebradas que por siglos habían podido cultivarse con resultados relativamente económicos, ya no pueden serlo; la combinación de tierra, capital y trabajo que antes era apropiada, ya no lo es; la suerte de millones de individuos que habitan o habitaban estas tierras ahora inadecuadas, ha cambiado adversamente para ellos y como consecuencia se ha creado la necesidad y la oportunidad de grandes migraciones de gente, como nunca antes se pensó en Colombia.

Estos cambios son demasiado grandes y urgentes para abandonarlos a las fuerzas naturales, especialmente cuando estas fuerzas no operan sino cuando las gentes han llegado a un grado de desesperada pobreza. Se necesitan profundos cambios estructurales en la localización y en la actividad de la fuerza de trabajo.

Es imposible que un programa gubernamental de desarrollo económico que ignore estos cambios estructurales o que trate de impedirlos, pueda mejorar el nivel de vida de la gente. En otras palabras, el éxito de un programa de esta clase depende del impulso que se les dé a estos cambios; de la tecnificación de la agricultura y de la absorción de la mayor parte de la población rural en trabajos urbanos.

Medidas para Aumentar la Producción

La ausencia de estadísticas básicas hace que cualquier medida que se tome para aumentar la producción se torne sumamente peligrosa. Supongamos, por ejemplo, que la situación real, que no se conoce, en un cultivo X sea así:

Area bajo cultivo: 100.000 hectáreas

Número de unidades de explotación: 20.000

De estas 20.000 unidades, 200 serían de tamaño comercial, de 80 hectáreas cada una, y tendrían en total 16.000 hectáreas; y 19.800 serían del tipo de agricultura colonial, de 4.24 hectáreas en promedio, para un total de 84.000 hectáreas.

Los rendimientos en las unidades comerciales serían de 5.000 kilos por hectárea, por año, para una producción individual de 400 toneladas y total de 80.000 toneladas. Los rendimientos por hectárea en las explotaciones de tipo colonial, serían de 2.000 kilos por año, para una producción individual de 9.5 toneladas y total de 168.000 toneladas por año. El gran total producido anualmente sería de 248.000 toneladas.

Supongamos que el crecimiento anual de la demanda es del 2% o sea cerca de 5.000 toneladas, que pueden suplirse con un aumento en el número de fincas comerciales, de 10 por año o sea 800 nuevas hectáreas, más un pequeño incremento en la productividad del resto de las explotaciones comerciales.

También vamos a suponer que el precio de venta del producto es de \$300 tonelada, lo que representaría para el agricultor colonial, un ingreso bruto de \$2.850 y para el comercial uno de \$120.000.

Supongamos que se decida localizar a 1.000 de los agricultores más pobres en lotes de 20 hectáreas, en donde, mediante la ayuda de maquinaria arrendada, obtengan rendimientos de 4.000 kilos en vez de 2.000 kilos por hectárea, y puedan así producir en total 80.000 toneladas.

Como estos 1.000 agricultores producían anteriormente 2.000 toneladas, el incremento neto sería de 78.000 toneladas, que representan un 31% de la anterior producción nacional que era de 248.000 toneladas.

Supongamos que el precio cae en forma tal que los consumidores gastan para adquirir la nueva cosecha total, de 326.000 toneladas, la misma cantidad gastada anteriormente (\$74.400.000). Significaría esto una caída a \$228 tonelada de manera que el ingreso bruto promedio de los 18.800 agricultores de tipo colonial, bajaría de \$2.850 a \$2.166, o sea un 32%.

Los ingresos totales de los 1.000 campesinos beneficiados promediarían \$18.240 en vez de los \$24.000 que se esperaba. El que hubiera o no una ganancia neta, dependería de los gastos y obligaciones incurridos por estos campesinos.

En consecuencia, puede verse que en ausencia de estadísticas básicas por cultivos, aún un programa aparentemente modesto puede empeorar las condiciones de los actuales agricultores.

Volvemos siempre sobre el mismo punto: cualquier plan que desarrolle la producción por encima del crecimiento normal de la demanda, sea a través de un continuo aumento en la tecnificación o de aumentos de la superficie cultivada, debe ser llevado paralelamente con un programa que provea empleos alternativos para los agricultores marginales.

Antes de tomar cualquier medida que vaya a aumentar la producción agrícola, debemos asegurarnos de no ir a empeorar la condición de la mayoría de los agricultores en beneficio de unos pocos de ellos y de los consumidores urbanos.

Si el Gobierno quiere realmente elevar la producción agrícola, sin perjudicar a los productores existentes, tiene las siguientes alternativas: (1) limitar el incremento de la produc-

ción proveniente de nuevas tierras de cultivo al aumento de la demanda, de manera que no se afecten adversamente los precios; (2) permitir el desarrollo de la producción en zonas nuevas y ventajosamente situadas, a un ritmo mayor que la demanda interna, pero creando, al mismo tiempo, oportunidades de trabajo urbano para agricultores que trabajan en áreas pobres, de manera que la producción total no crezca más rápidamente que la demanda; (3) localizar nuevos agricultores en unidades pequeñas, sin maquinaria, de manera que el incremento en la producción sea severamente limitado; (4) restringir las nuevas áreas a la producción de cultivos exportables, sin causar perjuicio a los precios internos.

La alternativa 3 es antieconómica en términos del bienestar nacional y debería ser descartada como política a largo plazo: el Estado no puede apoyar la creación de minifundio. La número 1 limitaría la acción a una muy pequeña adición anual del área de cultivos, en escasas unidades, más la conversión de arrendatarios y aparceros a propietarios. La alternativa No. 4 requeriría un esfuerzo continuo y vigoroso de promoción de exportaciones. La No. 2, implica en combinación con la No. 4, la realización de la Operación Colombia.

Tanto desde el punto de vista de la actual población agrícola, como del interés nacional, la combinación de las alternativas Nros. 2 y 4 sería ideal; en otras palabras, se utilizaría: nuevas unidades de explotación económica, organizadas eficientemente; y la Operación Colombia para proveer cuantas oportunidades de trabajo se puedan, a los cientos de miles de agricultores marginales, y para dar un vigoroso impulso a las exportaciones agrícolas.

Una última alternativa sería una fuerte expansión del área de cultivo, sin Operación Colombia y sin exportaciones adicionales. Esto podría resultar catastrófico para la población agrícola actual y, casi con seguridad, provocaría una crisis cuyos resultados son difíciles de predecir.

Prevalece la impresión, en algunos círculos, que la Operación Colombia es un programa para la población urbana. En realidad, es primordialmente un programa para resolver el problema agrario. En economía las cosas no son tal como parecen ser. De otra manera no habría necesidad de econo-

mistas profesionales. Tan paradójico como pueda aparecer, la redistribución de la tierra, sin Operación Colombia, es un programa para beneficiar a los consumidores (en la mayoría urbanos), debido a su tendencia a desarrollar la producción agrícola por encima de la demanda y forzar una baja de precios. La Operación Colombia es, ante todo, un programa para elevar el nivel del ingreso real de los campesinos: (a) proveyendo, para ellos, nuevas oportunidades de trabajo; (b) aumentando la demanda de productos agrícolas; y (c) disminuyendo competencia en la agricultura.

Todavía no se aprecia bien en Colombia el tremendo potencial de la maquinaria y de las técnicas modernas en agricultura. Algunos ejemplos cuantitativos se presentan para recalcar la extrema gravedad del problema y las consecuencias de la adopción de la última alternativa, atrás mencionada.

Ejemplos sobre Posibilidades de Producción y Productividad

Tomemos, por ejemplo, el arroz.

La cosecha, en 1960, fue calculada por la Federación en 430.000 toneladas. Los cultivos variarían de pequeños lotes en las faldas de los cerros a largas extensiones irrigadas, con un rendimiento promedio de 2.100 kilos por hectárea.

Con un promedio de 1,4 cosechas por año, lo anterior significa que unas 162.000 hectáreas fueron dedicadas a la producción de arroz, en lotes de 6,5 hectáreas, en promedio, siendo cultivados por unas 25.000 familias.

Se calcula que 3.000 kilos por hectárea y por cosecha constituyen un buen rendimiento en tierras irrigadas, o sea 5.400 kilos por hectárea en 1,8 cosechas anuales; lo mismo que se considera 80 hectáreas como una unidad de explotación eficiente; 1.000 de estas unidades, produciendo 430 toneladas cada una, en 80.000 hectáreas, podrían haber llenado los requerimientos del país, en arroz, para 1960, y relegarían 24.000 familias y posiblemente el doble de este número, en términos de trabajadores, hacia otras actividades, si existiera la oportunidad, y 80.000 hectáreas a otros usos si hubiera la demanda. Las posibilidades de aumento en la productividad mediante la conversión total a agricultura comercial son evidentemente tremendas, como así también lo son los pe-

ligros sociales si la conversión no se acompaña con Operación Colombia.

Supongamos ahora que en un año se radican solamente 200 familias adicionales en explotaciones de 80 hectáreas, irrigadas, sobre una superficie total de 16.000 hectáreas con rendimientos de 3.000 kilos por hectárea-cosecha o sea 5.400 kilos al año. Esto significaría un aumento en la producción de 86.000 toneladas, o un 20% del total de la cosecha de 1960. Se puede prever el impacto de esta oferta adicional sobre los precios. Un buen número de las 25.000 familias existentes serían arruinadas no pudiendo pagar sus deudas. Si trataran de trasladarse a otros cultivos encontrarían la misma situación.

El tabaco es un tipo de cultivo diferente, que requiere mucha más mano de obra. Aún así, el resultado de una expansión no controlada sería igualmente peligroso. De acuerdo al Instituto de Fomento Tabacalero se produjeron en 1960, 32.000 toneladas en 18.700 hectáreas, para un rendimiento promedio de 1.780 kilos por hectárea. El área promedio de explotación fue de 1 hectárea, de manera que se pueden estimar que unas 17.000 familias se dedicaron a la producción de tabaco. Con mejores técnicas y tierra, es posible elevar los rendimientos medios a 3.500 kilos por hectárea y que una familia maneje 5 hectáreas durante un año.

Con la conversión completa a este tipo de agricultura, la cosecha de 1960 podría haber sido producida por 1.840 fincas en 9.140 hectáreas; 15.000 familias de las 17.000 en que se estimó la ocupación en tabaco, podrían ser desplazadas junto con 9.000 hectáreas, si ocurriera una comercialización total. Si se incorporan 370 familias en explotaciones de tamaño económico, adecuadamente explotadas, la producción sería un 20% superior, causando una baja en el precio del producto y perjuicios a 17.000 familias.

Un ejemplo más: maíz. Este es un cultivo de tremenda importancia, ineficientemente cultivado en su mayor parte. No obstante ya se está cultivando en forma mecanizada, especialmente en el Valle.

El INA estima que en 1960 se produjeron cerca de 850.000 toneladas en 660.000 hectáreas; y que en promedio se cosechan 1.300 kilos por hectárea. Alrededor de 100.000 familias cultivan maíz en parcelas cuyo promedio es de 6-7 hectáreas. En contraste, una operación comercial logra 4.000 kilos por hectárea en unidades de 80 hectáreas. Promediando 1.8 cosechas por año, un cambio completo hacia este tipo de operación significaría que la cosecha de 1960 puede ser producida por 1.500 fincas en 120.000 hectáreas, desalojando cerca de 100.000 familias, y probablemente el doble de trabajadores, lo mismo que 540.000 hectáreas. Si se produjera la incorporación adicional de 300 familias en fincas de 80 hectáreas cada una, la producción crecería en un 20% causando desgracia a miles de campesinos pobres. Las estadísticas no son buenas, y la producción de 1960 parece estar sobreestimada; pero el hecho es tan evidente que no se necesita mucha exactitud.

Solamente en los tres ejemplos citados, la cosecha de 1960 podría ser producida, mediante una conversión completa hacia agricultura de tipo comercial, por 4.300 unidades de explotación en vez de 142.000 y en 210.000 hectáreas en lugar de 780.000. Como, bajo un programa racional de desarrollo agrícola, no parece probable que el país necesite superficie adicional para cultivos de consumo doméstico, la recuperación de tierras y la utilización de tierras incultas se justificarían únicamente bajo el argumento de elevar la productividad y a plena conciencia de que estas medidas deberían venir acompañadas del abandono de áreas aún mayores, de capacidad económica inferior.

La misma historia se podría repetir cultivo tras cultivo, pero la pobreza de las estadísticas sobre cultivos en los cuales todavía domina la agricultura colonial, tales como plátano, yuca, papa, maíz y hortalizas, hace difícil precisar el volumen real de producción, el número de explotaciones y su tamaño medio. Aceptando, por el momento, los cambiantes estimativos del INA y la Caja Agraria sobre la producción en 1960, de: 1.250.000 toneladas de plátano, 865.000 de maíz, 740.000 de yuca, 650.000 de papa (la cifra de la Caja Agraria se acerca a 1.000.000) y 150.000 toneladas de hortalizas, y, de nuevo suponiendo una operación técnica y mecanizada,

en unidades de tamaño comercial en cada caso, se llega a la conclusión de que un número inferior a 8.000 explotaciones, sería el requerido para producir la cosecha de 1960 de esos productos de consumo popular que actualmente ocupan, con excepción del café, la mayoría de los campesinos.

Estudios preliminares elaborados por la Fundación para el Progreso de Colombia indican que el número de personas activas en cultivos diferentes del café, podría ser reducido bajo una explotación más técnica, de 830.000 a 140.000 o sea, de un 20.6% de la población activa en el país a un 3.5% y que, en el cultivo del café, sin reducción en el volumen de cosecha, el número de trabajadores activos podría disminuir de 360.000 a 270.000, lo cual en términos porcentuales significa una reducción de un 9% a un 6.6% del total de personas activas. Probablemente entre 300.000 y 400.000 personas podrían ser retiradas de las actividades ganaderas y otras actividades rurales, o más de 1.000.000, en total. Esto representaría una adición de un 50% a la fuerza trabajadora urbana.

Aquí, claramente radican, al mismo tiempo, el principal problema económico y la más grande oportunidad de resolverlo. Bajo las circunstancias actuales no podemos atrevernos a incrementar la productividad o el número de gente en la agricultura en más de lo necesario para aumentar la producción de un 2 a un 4% anual, si no queremos provocar un desastre. No podemos elevar nuestro nivel de vida mientras la mitad de nuestra gente no pueda ganar más. Tampoco podemos progresar mientras persista un crecimiento de la población de un 3% y sigamos disipando una vasta porción de nuestras disponibilidades en inversiones agrícolas y rurales que aumentan la competencia y la producción sin aumentar la demanda. Por otro lado, en el empleo de nuestro ejército de desempleados, para producir los bienes que realmente necesitamos, está nuestra gran oportunidad para elevar sustancial y rápidamente el ingreso nacional en relación a la población.

Claramente, disponemos de recursos naturales, mano de obra y habilidad suficiente para lograr un nivel de vida alto, si tenemos el talento de diagnosticar en forma adecuada nues-

tro problema, y el valor y destreza para concentrar todas nuestras fuerzas en la solución indicada.

Evidentemente, estamos marchando a la deriva y pasamos un período de confusión nacional. Se expresan muchas opiniones sobre diferentes tópicos, y los dirigentes aconsejan muy diferentes derroteros. La continuación de esta situación sería fatal. En vísperas de un nuevo gobierno debemos esforzarnos en aclarar nuestros problemas económicos y sociales y llegar a un acuerdo sobre la naturaleza y solución de ellos. De otra manera habremos fallado en aprovechar una extraordinaria oportunidad. Muy contadas ocasiones como la presente le son concedidas a una nación. Es sumamente dudoso que nuestra economía pueda aguantar otros cuatro años de depresión agrícola y estancamiento general del progreso económico.

Conclusión

La conclusión de los argumentos presentados en este trabajo es, o debería ser, obvia.

Si no se ejecuta la Operación Colombia y no se incrementan las exportaciones, aún un moderado aumento en la superficie cultivada o una mejora en la productividad, pueden empeorar la situación de millones de habitantes rurales, es decir, de la mitad de la población del país. Bajo las circunstancias actuales solamente la parte urbana puede beneficiarse de esas mejoras. Es posible elevar enormemente la productividad agrícola acelerando su tecnificación; esto puede beneficiar a la Nación siempre que se provean oportunidades de empleo para la población rural desplazada. Ignorar este dilema y llevar a cabo reforma agraria, carreteras de penetración, grandes proyectos de recuperación de tierras y mejorar las facilidades de crédito (todas medidas tendientes a elevar la producción, fomentar la competencia y bajar los ingresos medios rurales) es una política cruel, injusta y sumamente peligrosa. Si queremos evitar un desastre, los intereses reales y las necesidades del campesino deben ser entendidos y presentados vigorosamente. Esta es la responsabilidad de los representantes de la agricultura y es una responsabilidad que ellos deben asumir cuanto antes.

EL ARTE Y LAS RELACIONES HUMANAS

JANÉ 1942

Cada época y con ella, cada forma de contemplar el mundo, se esfuerza por establecer sobre los problemas universales de la vida un arte peculiar, un idioma artístico que le es propio y que, en su medida, también los momentos humanos imaginables, en el mundo contemporáneo. Cada vez que se trata de establecer relaciones sobre algo, se llega inevitablemente al arte. El arte es la forma en que la humanidad habla de su mundo actual y de su futuro. Es la forma en que se resiste a ser reducida a la forma que se le es propia, los problemas capitales.

Más tarde, con otros arbitrios, también se expresaron los "problemas contemporáneos". Lo que fue antes hallado se descomponía para formar la conciencia y se buscó un nuevo lenguaje de la inquietud de nuevas manifestaciones. Tal es el problema que se plantea en toda la historia del arte: el problema de cómo hablar de lo que se vive y de lo que se sufre. El arte es la forma en que la humanidad habla de su mundo actual y de su futuro. Es la forma en que se resiste a ser reducida a la forma que se le es propia, los problemas capitales.

NOTAS CRITICAS

